

SAN PÍO V, PAPA Y CONFESOR

Día 30 de abril

P. Juan Croisset, S.J.

Fl santo papa Pío V de este nombre fue de la noble familia de los Gisleris ó Gisler, originaria de Bolonia, y nació el año de 1504 en el Bosco, población corta á dos leguas de Alejandría de la Palla, en el obispado de Tortona. Llamáronle Miguel en el bautismo, y el primer cuidado de sus virtuosos padres fue darle una educación cristiana, en la que los dejó poco que hacer el devoto natural del niño, propenso por sí mismo á la virtud. Era apacible, modesto, dócil y amigo de complacer á todos. Casi desde la cuna profesó una tierna y ferviente devoción á la Santísima Virgen, que fue parte de su distintivo ó de su carácter; y pocos siervos de esta Señora le excedieron en el fervor y en el celo por todo lo que tocaba á la soberana Reina.

Crecía Miguel en edad, en juicio y en prudencia, cuando sus padres, poco favorecidos de los bienes de fortuna, pensaron en que aprendiese algún oficio con que poder mantenerse; pero eran muy distintos los intentos de la Divina Providencia acerca de aquella grande alma. Apenas conocía Miguel al mundo, y ya pensaba dejarle; pues á los doce años de su edad resolvió hacerse religioso, para lo cual le facilitó los medios la misma Divina Providencia.

Habiendo pasado por el lugar de Bosco dos religiosos de Santo Domingo, tuvieron precisión de detenerse algunos días. Hablólos nuestro Miguel; y prendados del anticipado juicio, prudencia y capacidad

del niño é informados de sus piadosos deseos, se ofrecieron á llevarle consigo al convento de Voghere, y á darle estudios si se inclinaba á abrazar su santo instituto. No podían hacerle oferta que fuese más conforme á su devota inclinación; y, arrojándose á sus pies, les pidió con lágrimas que le cumpliesen la palabra y le hiciesen aquella caridad. Con el consentimiento de sus padres partió en compañía de aquellos religiosos, los cuales conocieron desde luego que Dios destinaba para alguna cosa grande á su pequeñito ahijado. Hizo tan asombrosos progresos en las letras humanas y en la virtud, que cuanto antes se dieron prisa á vestirle el santo hábito. Recibióle á los quince años de su edad, y le enviaron al convento de Vigevano á tener el noviciado. A vista del fervor y de la perfección con que se portó en él, todos esperaron que la religión había de tener con el tiempo en Fray Miguel un insigne santo, y que sería sin duda uno de los más brillantes ornamentos de la Orden.

No tardó en verificarse en parte este vaticinio; pues pudieron ver claramente los rápidos progresos que hizo en la virtud y en las ciencias. Apenas acabó los estudios, cuando le dedicaron al magisterio, que desempeñó con el mayor acierto; y, habiéndole hecho prior de los conventos de Vigevano, Sancino y Alba, no mereció menos reputación su insigne talento para el gobierno. En todas partes restableció la disciplina religiosa, y en todas resucitó el primitivo espíritu de su santo patriarca. En la felicidad con que promovió la observancia, tenían más parte sus ejemplos que sus palabras. Era el primero en el coro y en todos los actos de comunidad, sin persuadirse que sus estudios, su magisterio y el celo con que atendía á la salvación de los prójimos eran títulos suficientes para eximirse de la disciplina regular. Humilde, pobre y grandemente mortificado, representaba en su persona una viva copia de los Pacomios, de los Hilariones, y de los otros maestros de perfección monástica.

La fama de tantas y tan eminentes virtudes le sacó presto de su amado retiro. **Nombráronle por inquisidor de Como para el Milanés y toda la Lombardía, en cuyo importante empleo se señaló mucho su celo, su prudencia y su virtud.** Pero donde se hizo más visible el fruto de sus sermones, y donde principalmente sobresalió su vigilancia, fue en la Valtelina y en el condado de Chavanes, por ser allí donde estaba más extendido el veneno de la herejía. Fueron tantos los herejes que se convirtieron, que en poco tiempo mudó de semblante todo aquel país. La fama de estos sucesos movió á que **le nombrasen por comisario general de la Inquisición el año 1551, y cuatro años después por vicario del inquisidor general.** No es fácil explicar ni lo mucho que hizo ni lo mucho que padeció en este empleo. Apenas se declaró por azote de los herejes, cuando fue el blanco de su odio, de sus iras y de sus persecuciones; pero nunca le acobardaron ni los lazos que le armaban ni los peligros á que estaba expuesta su vida; el celo y la caridad mantenían su intrepidez, y el fruto que hacía le alentaba.

Bien informado de su mérito el papa Paulo IV, le hizo obispo de Nepi y de Sutri en Toscana, dos iglesias que gobierna un solo obispo. A pesar de su humildad y de su resistencia, fue necesario obedecer. Aún brilló más su virtud en la dignidad de obispo que en el retiro del claustro; y luego que el Papa le trató un poco más de cerca, le creó cardenal. Viéndose en esta elevada dignidad, se consideró con mayor obligación de ser más religioso, más mortificado y más humilde. Llamóse el cardenal Alejandrino, por ser Alejandría de la Palla la ciudad más inmediata al oscuro y desconocido lugar de su nacimiento; y el esplendor de la púrpura sólo contribuyó á que se hiciese más visible su modestia, y brillasen más todas las otras virtudes.

Muerto Paulo IV, su sucesor Pío IV no hizo menos

estimación de nuestro santo cardenal. Confirmóle en la suprema dignidad de inquisidor general, que le había conferido su predecesor; sirvióse de él en los negocios más importantes de la Iglesia; dióle todos los testimonios posibles de la más estrecha confianza y le trasladó del obispado de Nepi y de Sutri al de Mondovi en el Piamonte, que tenía gran necesidad de un obispo como éste.

Enternecióse á vista del lastimoso estado en que encontró su diócesis ; era un espeso erial; mas á poco tiempo restableció la disciplina, y con la reforma de costumbres introdujo la virtud. Tantas conversiones hacían su ejemplo y su dulcísima suavidad como sus palabras; no había resistencia á la modestia, á la vida ejemplar y penitente de un obispo tan grande, de un inquisidor general y de un cardenal tan santo.

El año de 1565 murió el papa Pío IV, y fue colocado nuestro Santo en la Silla de San Pedro, á solicitud de San Carlos Borromeo. Apenas se había visto en la Iglesia de Dios elección de Papa más universalmente aplaudida. El clero, el pueblo romano y todos los príncipes de la Cristiandad se prometieron desde luego las mayores bendiciones del Cielo en su pontificado. Dio principio á su gobierno arreglando á su familia, para que sirviese de ejemplo á toda la corte romana; y, habiendo persuadido á los cardenales á que ejecutasen lo mismo, se introdujo la reforma tan visiblemente en toda la ciudad, que en pocos días parecía otra. Obligó á los obispos á que residiesen ó á que renunciasen sus obispados. Restituyó el culto divino á toda su majestad; hizo florecer en las comunidades religiosas la observancia y el fervor; desterró los desórdenes que se cometían en las tabernas y en los figones; prohibió casi todos los espectáculos públicos, dotó á las doncellas pobres para librarlas de los peligros, y sacó á muchas de ellas de su mala vida;

restableció la exactitud y la integridad en la policía y en la administración de la justicia, y publicó otros muchos reglamentos muy saludables para todo el clero secular y regular.

No se limitaba su solicitud pastoral á los términos del estado eclesiástico; toda la Cristiandad experimentó los efectos del celo y de la vigilancia de su santo pastor. Animada y orgullosa la herejía con la rapidez de sus progresos, y sostenida por la licencia de los grandes y por la ignorancia de los pueblos, hacía lastimosos estragos en Alemania, en Francia y en los Países Bajos. No perdonó el santo Papa desvelos, cuidados, fatigas, arbitrios y diligencias para contenerlos. Envió legados á todas las cortes; despachó celosos misioneros á todas las iglesias afligidas, y expendió todo el patrimonio de San Pedro en socorrer á los príncipes y en ayudarlos á reprimir los enemigos de la Religión y del Estado. A la vigilancia y á la solicitud de este santo Pontífice deben la ciudad de Aviñón y el condado de Venusín el haber sido preservados de la herejía; y así la Francia como los Países Bajos no experimentaron menores efectos de su vigilancia pastoral.

Reconociendo Carlos IX que debía no menos á las oraciones del santo Papa que á las tropas y dinero con que le había socorrido las dos famosas victorias que consiguió de los hugonotes en la batalla de Jarnac y en la de Moncontour, le envió muchos estandartes. El duque de Alba confesó que se le debía la conservación de Flandes; y en Alemania apenas se mantuvo la religión sino á costa del celo y de la inmensa inagotable caridad de este gran Santo. Ni ésta se apuró dentro de la Europa sola: extendióse hasta la América, hasta las Indias, hasta los últimos confines del Japón, donde, así los misioneros como los neófitos, se mantuvieron algún tiempo á expensas del heroico Pontífice.

No es fácil imaginar celo más ardiente, más puro ni más universal; no había hombre apostólico á quien no animase con sus ejemplos, á quien no mantuviese con sus oraciones, á quien no alentase con sus socorros. Perfectamente instruido de la santidad y de la utilidad de la nueva Compañía de Jesús, no sólo se declaró su protector, sino padre suyo. Admiraba su instituto; exaltaba continuamente los gloriosos trabajos de sus hijos; colmóla de favores, de gracias y de privilegios por cuatro bulas, que comprenden el más noble elogio que se puede hacer de la Compañía.

Mas al mismo tiempo que trabajaba tan infatigablemente en conservar la fe dentro de Europa y en extenderla por el Nuevo Mundo, no perdonaba diligencia alguna para atajar los progresos que iba haciendo el enemigo común del nombre cristiano. Luego que ascendió al sumo pontificado envió cuantiosos socorros á la isla de Malta, para que se reparase de lo que había padecido en el sitio que defendió tan gloriosamente contra Solimán II, emperador de los turcos. Habiendo su hijo el sultán Selim II roto el tratado que se había hecho con los venecianos, y apoderándose de la isla de Chipre, amenazaba á Malta, Venecia, Sicilia y á toda la Cristiandad. Llenóse toda de terror, sin descubrir otro mayor consuelo ni esperanza que la que fundaba en lo mucho que podían con Dios las oraciones del santo Papa. No fue vana esta confianza de los fieles; porque, habiendo juntado el Pontífice sus fuerzas con las de los príncipes cristianos, agotó, por decirlo así, el tesoro de la Iglesia para tan gloriosa empresa. La armada otomana, compuesta de doscientas galeras y casi setenta fragatas y bergantines, había echado el áncora en el golfo de Lepanto, persuadida que la escuadra cristiana no tendría valor para salir de los puertos; pero engañóse, porque al amanecer del día 7 de Octubre comenzó á entrar en el golfo. El Sr. D. Juan de

Austria, que la mandaba, y Marco Antonio Colonna, general de las tropas de la Iglesia, viendo que la armada turca venía á toda vela hacia ellos, dieron la señal de acometer, enarbolando el estandarte que habían recibido de mano de Su Santidad, el cual se conserva en Monte Sión en Barcelona.

Apenas se desarrolló la imagen de un Crucifijo, que estaba bordada en medio del estandarte y se llevaba en la capitana (y está ahora en la catedral de Barcelona), cuando, postrada toda la escuadra cristiana, la adoró profundamente, saludándola con grandes gritos de alegría, y, hecha una breve pero fervorosa oración, se vino á las manos. El viento que favorecía á la armada otomana se mudó de repente, y desde el principio del combate se declaró en favor de los cristianos. Mientras el santo Papa, como otro Moisés, levantaba las manos al Cielo, las armas cristianas estaban consiguiendo la más completa y la más gloriosa victoria que jamás se había visto. Fue este glorioso día el 7 de Octubre de 1571. Perdieron los turcos más de treinta mil hombres, con su general, ó almirante Alí-Bajá, y más de trescientos vasos entre galeras y otras embarcaciones. Hiciéronse cinco mil prisioneros, y cobraron libertad cerca de veinte mil cautivos cristianos. Fue inmenso el botín, y el fiero enemigo del nombre cristiano quedó consternado y abatido. Después de Dios, se atribuyó toda la gloria de este famoso día al santo pontífice Pío, que desde que salió de Roma el almirante Colonna para hacerse á la vela no había cesado de afligir con nuevas penitencias su ya extenuado cuerpo al rigor de las enfermedades y de las mortificaciones, orando continuamente y disponiendo que todos orasen en públicas rogativas por el buen suceso de las armas cristianas; y mientras el santo Papa, de día y de noche, derramaba torrentes de lágrimas en la presencia del Señor, en el mismo punto en que los cristianos triunfaban de los turcos, le reveló el Cielo, en

una especie de éxtasis, aquella grande victoria.

Estaba hablando Su Santidad con algunos prelados en el palacio del Vaticano, y á lo mejor de la conversación dejólos de repente; abrió una ventana, fijó los ojos en el Cielo, estuvo inmóvil un gran rato; volvió en sí de aquella suspensión y, convirtiéndose á los prelados, les dijo: *No es tiempo de hablar de negocios: id luego á dar gracias á Dios por la célebre victoria que nuestra armada naval acaba de conseguir de los turcos; y, postrándose el santo Papa á los pies de un Crucifijo, pasó en oración lo restante de aquel día. Hasta catorce días después no pudo llegar la posta; y sus pliegos acreditaron la verdad de la revelación, y la puntualidad con que el Cielo le había anticipado la noticia.*

Entre las oraciones públicas que mandó hacer en acción de gracias, la tierna devoción que profesaba á la Santísima Virgen le movió á instituir una fiesta particular el día 7 de Octubre, con el título de *Nuestra Señora de la Victoria*, en reconocimiento de la que esta soberana Reina había alcanzado de su Hijo en favor de los cristianos. Gregorio XIII, su sucesor, fijó esta fiesta al primer domingo del mismo mes, con el título de *Nuestra Señora de la Victoria y del Santo Rosario*; cuya fiesta se celebraba ya antes con mucha devoción y solemnidad el día 25 de Marzo.

No sobrevivió mucho tiempo el santísimo Pontífice á esta célebre victoria, que tanto abatió el poder y el orgullo del imperio otomano, y llenó de tanto gozo á toda la Iglesia católica. Oprimido con la fatiga de sus apostólicos trabajos, extenuado al rigor de sus ayunos y excesivas penitencias, y consumido con ardores de su celo, tuvo algún presentimiento de su cercana muerte. Por el mes de Marzo se le avivaron extraordinariamente los dolores de piedra, que le atormentaban muchos años

había; y reconociendo que se iba acercando su fin, dobló también su fervor. Quiso visitar por la última vez las siete iglesias de Roma, y lo hizo con singularísima ternura y devoción. Aunque se sentía tan malo, y padecía vivísimos y continuos dolores, no hubo forma de dispensarse en la abstinencia ni en el ayuno de la Cuaresma. Durante su enfermedad se reconcilió todos los días, y celebró el santo sacrificio de la Misa hasta que ya no pudo hacerlo.

Mandó que le administrasen la Santa Unción, y se le oía repetir muchas veces: Estoy lleno de alegría sabiendo que presto hemos de ir a la Casa del Señor. En fin, después de una breve agonía, que pudo parecer especie de oración, este gran Papa murió con la muerte de los justos el día 1.º de Mayo de 1572, en el sexto de su pontificado, y á los setenta y ocho de su edad.

Fue universal la aflicción y sentimiento, no sólo en Roma, sino en toda la Cristiandad. No hubo pontífice más tierna ni más generalmente llorado. Tanto como se afligieron los cristianos con su muerte, tanto la celebraron los turcos, porque le miraban como el más terrible enemigo de la potencia otomana. Estuvo expuesto su santo cuerpo en la iglesia de San Pedro por espacio de cuatro días, en los cuales fue inmenso el concurso del pueblo que acudió á reverenciarle, y fue acompañada su devoción con muchos milagros.

Diez y seis años después de su muerte, el papa Sixto V hizo levantar un magnífico mausoleo en la iglesia de Santa María la Mayor, y fueron trasladadas á él con grande solemnidad sus preciosas reliquias. Los muchos y grandes milagros que en vida y muerte ha obrado el Señor por intercesión de este gran siervo suyo, movieron al papa Clemente X á beatificarle solemnemente el día 1.º de Mayo del año de 1672; y finalmente, Su Santidad Clemente XI, que tan dignamente ocupó la cátedra de

San Pedro, le puso en el catálogo de los santos por la bula de su canonización, que expidió en 4 de Agosto de 1711; acreditando bien la magnificencia con que en todas partes se celebró esta fiesta la singular devoción y veneración que todos los fieles profesan á este gran Santo.

La Misa es en honor de San Pío V, y la oración la que sigue:

¡Oh Dios, que te dignaste elegir por pontífice máximo al bienaventurado Pío V, para destruir á los enemigos de tu Iglesia, y para reparar el culto divino! Haz que seamos defendidos con su protección, y que de tal manera nos dediquemos á tu servicio que, librándonos de las asechanzas de todos nuestros enemigos, gocemos de una perpetua paz. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 44 y 45 de la Sabiduría.

He aquí un sacerdote grande que en sus días agradó á Dios, y fue hallado justo, y en tiempo de la cólera se hizo la reconciliación. No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso el Señor con juramento le hizo célebre en su pueblo. Dióle la bendición de todas las gentes, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dio la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dio el sumo sacerdocio, y le colmó de gloria para que ejerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él en olor de suavidad.

REFLEXIONES

Halló gracia en los ojos del Señor. El fervor de los

grandes del mundo no excluye el mérito, pero tampoco le supone, ni mucho menos le da. Puede lograrse sin merecerse; mas supongamos que se merezca, ¿qué provecho, qué ventaja sólida y permanente se saca de estar en su gracia? Ya es como destino de los favorecidos no conservar el favor hasta el fin; ó porque los príncipes se cansan de ellos después de haberles dado todo cuanto pueden darles, ó porque ellos se cansan de los príncipes cuando no tienen más que esperar. Pero demos que se conserven en la gracia del príncipe hasta la muerte; de todos sus favores, ¿qué provisión les podrá ser útil para la otra vida? A un favorecido que se condenó, ¿le servirá de gran consuelo haber sido objeto de envidia en la corte, haber tenido parte en todas las gracias, haber merecido toda la confianza del príncipe? Comprase por lo común á subido precio el favor de los grandes, cuesta mucho el conservarle; y la desgracia, por lo regular, es efecto del capricho. Pero ¿cuesta tanto hallar gracia en los ojos del Señor?

Desde que quiero estar en gracia suya, lo estoy; y cuando dejo de estarlo, siempre es por culpa mía. Este favor no causa celos; cuanto más estrechamente se logra, con mayores ansias se desea que se aumente el número de los favorecidos; el tesoro de las gracias es infinito; por más que se repartan y se distribuyan, nada se pierde; finalmente, hablando en rigor, sola la amistad de Dios da verdadero mérito. Y ¿será posible que ni siquiera sea objeto de nuestra ambición esta fortuna? Y ¿será posible que estimemos tan poco este favor? Y ¿será posible que nos haga tan poca fuerza este mérito? Y ¿será posible que aspiremos á otra gloria? ¡Oh buen Dios, cuánto nos debe humillar este mal gusto y este perverso modo de discurrir! Pero ¡qué dolor, qué desesperación será la nuestra algún día por haber hecho tan poco caso de la amistad del Señor!

El Evangelio es del cap. 25 de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Un hombre que debía ir muy lejos de su país, llamó á sus criados y les entregó sus bienes. Y á uno dio cinco talentos, á otro dos, y á otro uno, á cada cual según sus fuerzas, y se partió al punto. Fue, pues, el que había recibido los cinco talentos á comerciar con ellos, y ganó otros cinco. Igualmente, el que había recibido dos, ganó otros dos; pero el que había recibido uno hizo un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor. Mas, después de mucho tiempo, vino el señor de aquellos criados, y les tomó cuentas; y llegando el que había recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco que he ganado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho: entra en el gozo de tu señor. Llegó también el que había recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste, he aquí otros dos más que he granjeado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho: entra en el gozo de tu señor.

MEDITACIÓN

Cuánto importa no despreciar las cosas pequeñas.

PUNTO PRIMERO.—Considera con qué exactitud y con cuánto cuidado tomó cuenta el Padre de familias hasta de los menores talentos, y con qué severidad castigó la negligencia del siervo tímido y perezoso. Sólo se descuidó en negociar con un talento, y por esto fue condenado al último suplicio. Terrible documento para los que hacen poco aprecio de las obligaciones más menudas.

Aun el motivo de la grande liberalidad que ejercitó el Padre de familias es lección muy importante: *Alégrate, siervo fiel, pues porque lo fuiste en pocas cosas, Yo te haré dueño de muchas.* Desengañémonos y acabemos ya de poner esas falsas preocupaciones. Es error imaginar que la escrupulosa exactitud en cumplir con las obligaciones y reglas más menudas es virtud de novicios, y que la sólida virtud no depende de esa exactitud escrupulosa, porque, realmente, sin ella no hay verdadera virtud. Esas acciones heroicas que hacen tanto ruido, y que tanto edifican al mundo, son poco frecuentes. No todos los días se entra en una Religión; son muy raras esas grandes mortificaciones; el sacrificio de los padres, de los parientes, de los bienes de fortuna, se hace una vez en la vida. Pídenos Dios un amor, una fidelidad más constante, y la fidelidad en cosas pequeñas es de todos los días y de todas las horas. A cada instante se nos ofrecen pasiones que domar, ocasiones en qué sufrir, humor, genio y caprichos que vencer. Estas victorias no hacen tanto ruido, ni nos granjean tanto honor delante de los hombres; pero son de un precio inestimable á los ojos de Dios. ¡Cuántas gracias se siguen necesariamente á esas multiplicadas victorias! Y ¿basta una devoción pasajera, un fervor momentáneo, una virtud superficial para esta firme y constante fidelidad?

¡Qué dolor, qué confusión será la nuestra cuando veamos que la más elevada santidad dependía de la observancia de las más pequeñas reglas, del cumplimiento de las más mínimas obligaciones!

PUNTO SEGUNDO. — Considera el cuidado que ha tenido Dios de hacernos demostraciones de esta verdad, disponiendo que los efectos más maravillosos pendiesen no pocas veces del cumplimiento de las obligaciones más menudas, y de circunstancias, al parecer, muy ligeras.

¿Pudo haber ceremonia más ligera que la de levantar las manos al Cielo? Con todo eso, de ella dependió la victoria de los amalecitas. Tomar el agua en el hueco de la mano, y no encorvarse, ó no bajarse para beber, parecía circunstancia bien menuda; sin embargo, de esta menudencia dependió la salud del pueblo de Israel. ¿Qué has hecho, Joás, exclama el Profeta? ¿No has herido la tierra con tus saetas más que tres veces? Si la hubieras herido cinco, seis ó siete, vencerías el ejército enemigo hasta derrotarle enteramente. Herir la tierra dos ó tres veces más ó menos, era, ó parecía, ceremonia harto ligera; y, no obstante, de esta ceremonia estaba pendiente la tranquilidad y la gloria del reino de Joás.

Aunque Dios hiciera dependiente la virtud de lo más penoso, de lo más trabajoso que puede haber en esta vida, no pudiéramos ni debiéramos dejar de practicarlo. Pues ¿qué excusa podemos alegar, sabiendo que Dios tiene, digámoslo así, aligadas las mayores gracias, los más singulares favores, la virtud más elevada á la exactitud en las cosas más menudas? Y ¡qué dolor será el nuestro por haber faltado á esta exactitud y á esta fidelidad!

Bien lo experimento yo, divino Salvador mío, bien lo experimento; y no experimento menos toda la amargura de mi confusión con la memoria triste de mis pasadas tibiezas; pero este mismo dolor, efecto de vuestra gracia, me alienta á esperar que ya no faltaré á la fidelidad en el cumplimiento de las más menudas obligaciones, mediante vuestra divina asistencia.

JACULATORIAS

Con mucha razón habéis mandado se guarden vuestros divinos preceptos con la mayor exactitud.—Ps. 118.

Resuelto estoy, Señor, á cumplir con toda puntualidad tus justos Mandamientos; solamente te suplico que no me desampares en mi flaqueza.—*Ibid.*

PROPÓSITOS

1. Ya es error sobradamente común, aun en los que hacen profesión de virtuosos, despreciar las cosas pequeñas, ó no hacer el mayor caso de ciertas obligaciones que parecen muy menudas. La delicadeza de conciencia en este punto suele reputarse por vana timidez de un alma pusilánime; y la puntualidad escrupulosa en este género de menudencias no pocas veces se califica por prueba de un espíritu cortó y apocado. Quieren decir que un corazón magnánimo y elevado pierde de vista esas nimiedades, y que la verdadera virtud es independiente de un monte, de un agregado de piadosas menudencias, que abaten el ánimo, hacen inurbana, grosera y enfadosa la sociedad, y, en vez de fomentar la devoción, la agostan y la desecan. Sobre este falso principio se huye de todo lo que suena á opresión; se da libertad á los sentidos; las pasiones viven con ensanche; y ¿qué nace de aquí? Las funestas recaídas y la triste relajación que tantas veces se experimenta. Una rendija que se desprecie y no se calafatee, basta para echar á fondo un navío. Si se han dejado arruinar las fortificaciones exteriores; si no se han reparado las brechas ó las ruinas de las murallas, no está la plaza en estado de defensa; levántense de pronto las trincheras que se quisieren, no puede durar el sitio cuando los sitiados se hallan tan descubiertos. Las devociones, la modestia, la circunspección, la observancia de las reglas más menudas, son como aquellas obras avanzadas que detienen al enemigo desviado de la plaza.

2. Haz firme propósito, é imponte una como ley de

no dejar en toda tu vida ciertas devociones, ciertos ejercicios de religión muy saludables y muy útiles, cuyo valor ignoran muchos. Por ejemplo: persígnate, ó haz siempre la señal de la cruz como cristiano. Segundo: nunca dejes de tomar agua bendita al entrar y salir de la iglesia. Tercero: también es una devoción de grande provecho y no menor ejemplo tener siempre agua bendita en el cuarto, tomarla al entrar y al salir de él, y rociar con ella la cama antes de acostarse. Cuarto: nunca omitas la bendición y las gracias antes y después de la comida.